

ONZA, TIGRE Y LEON

REVISTA PARA LA INFANCIA VENEZOLANA



FERRERO DE 1945 -- NUMERO 68

SEGUNDA EXPEDICION DE HAITI



Triufantes los patriotas al mando de Piar y Mac-Gregor, deciden llamar al Libertador, y envían en su busca a Francisco Antonio Zea.



Bolívar se encontraba de nuevo en Puerto Príncipe organizando una segunda expedición bajo la desinteresada protección de Petión.



El 21 de diciembre de 1816, se dió a la vela del puerto de Jacmel, llegando a Juangriego el 23 del mismo mes.



De Juangriego pasó Bolívar a Barcelona, de donde ya Mac-Gregor se había embarcado a las Antillas, habiéndose marchado también Piar hacia Guayana.



De nuevo el Libertador al frente del ejército, deja setecientos hombres en Barcelona, al mando del General Pedro María Freites, y se dirige a Guayana con una pequeña escolta de jefes y oficiales.



ONZA, TIGRE Y LEON

REVISTA PARA LA INFANCIA VENEZOLANA

DIRECTOR: RAFAEL RIVERO O.

EDITADA POR LA DIRECCION DE CULTURA DEL MINISTERIO
DE EDUCACION NACIONAL

Talleres de Artes Gráficas de la Escuela Técnica Industrial.

Nº 68

CARACAS, FEBRERO DE 1945

AÑO 7

S U M A R I O

| | | | |
|--|---|--|----|
| INSCRIPCIONES Y JEROGLIFICOS | | LOS NIÑOS COLABORAN | |
| Los Fenicios en América .. | 2 | Los Tres Novillos | 6 |
| CIENCIAS NATURALES | | CUENTOS POPULARES VENEZOLANOS | |
| El Cuchícuchi | 4 | Tío Zorro y Tío Mono | 8 |
| CANTOS PARA NIÑOS | | EL FOLKLORE EN LA ESCUELA | |
| Canción para la Lucha Anti- tuberculosa | 5 | Juegos Infantiles | 11 |

NUESTRA PORTADA

Jesús Eduardo Vaz García, de 7 años de edad y alumno de segundo grado en el Colegio San Ignacio, de esta ciudad, es el autor del "Paisaje Coriano" que aparece hoy ilustrando la carátula de nuestra revista. El original de este dibujo fué trazado en tinta negra e iluminado con lápices de color.

INSCRIPCIONES Y JEROGLIFICOS

LOS FENICIOS EN AMERICA

(Extractado de una relación de Aristides Rojas).



Refiere Humboldt, que un misionero franciscano, habiéndose refugiado, en cierta ocasión y por casualidad, en una caverna cerca de Uruana, en la orilla occidental del Caura, tropezó de pronto con una gran roca de granito que tenía esculpidos caracteres reunidos en muchos grupos y colocados en una misma línea. Estudiando el modelo que presentó el misionero a Humboldt, éste encontró en los caracteres algo semejante al alfabeto fenicio; y aunque el sabio comprendió como un hecho muy notable el que en la parte de la inscripción copiada, ninguno de los caracteres se repetía muchas veces, hubo de dudar en presencia de un descubrimiento tan notable y al cual ya había prestado mucho interés el misionero.

Estas dudas de Humboldt se desvanecen desde el momento en que inscripciones fenicias en otros lugares, al este de los Andes, han escl-

recido en parte, la interesante cuestión relativa a los primitivos pobladores de esta sección de América.

En los túmulos de Grave-creek, Virginia occidental, se ha encontrado una inscripción con caracteres alfabéticos de gran interés etnográfico. Según Rafn, la inscripción es única; según Jomard, ibérica; lo que equivaldría a creer que los primitivos españoles fueron también los primeros pobladores de América, y que los compatriotas de Colón se encontraron con los descendientes de los iberos contemporáneos de Cartago.

Otra roca en la desembocadura del Tauton, en Massachussetts, estudiada por Mathieu, hace presumir que los Atlántidas estuvieron en América cuarenta y ocho años antes de la sumersión de la Atlántida de Platón; lo que haría remontar los primeros pobladores del continente a 1.800 años antes de Jesucristo; mas, según los señores Yate y Moulton esta inscripción es de origen fenicio.

Un descubrimiento posterior, presta mayor claridad y fuerza a las inscripciones fenicias de la América del Norte. Trátase de la piedra encontrada en 1873 en el Brasil.

“La inscripción es de una piedra conmemorativa, rudo monumento erigido por algunos fenicios de Sidonia, al parecer refugiados o desterrados de su país nativo, entre los años noveno y décimo del reinado de un rey llamado Hiram. Estos temerarios o desgraciados cananeos, patronímico que usaron para denominarse, salieron del puerto de Aziougaber (hoy Akaba), puerto del Mar Rojo, y navegaron por doce novilunios (meses lunares) a lo largo de la tierra de Egipto, esto es, Africa. El número de buques que tenían y el de varones y hembras que componían la expedición de aventureros, se expresa todo en estilo conciso y elegante al parecer, hallándose estos pormenores en un lugar intermedio entre la invocación, unos al principio y otros al fin del Alonim Valonuth; esto es, dioses y diosas, o *superos superasque*, como traduce Gesenio aquellas conocidas palabras fenicias. La inscripción está en ocho renglones de hermosísimos caracteres fenicios, mas sin separación de palabras, sin puntos en las vocales ni letras mudas.

“Cierta avarismo, muy levemente manifiesto en la terminación enfática en *aleph* y en la femenina *than*, y más que esto la forma de las letras *nem* y *shim*, inducen a creer que el reinado del segundo de los Hiranés fué la época de la aventura, y que el viaje, por tanto, se efectuó en los años 543 y 542 antes de Cristo; esto es, ventiseis años después del sitio de Tiro por Nabucodonosor y cuatro años antes que reinara Ciro.

EL CUCHICUCHI

(Condensado de una descripción de Eduardo Röhl).



Es este uno de los animales más interesantes de nuestra fauna. A fines del siglo diez y ocho fueron llevados a Europa los primeros ejemplares de esta especie (*Potos flavus*), los cuales causaron gran curiosidad y proporcionaron serias dificultades a los naturalistas para su clasificación. Unos tomaban al Cuchicuchi por un Lemúrido o falso mono y otros por un intermedio entre los monos y los carnívoros. El primero que facilitó detalles precisos acerca de este animal, fué Humboldt.

El Cuchicuchi tiene el cuerpo alargado y pesado, de piernas cortas y cola muy larga y enroscada. La cabeza es corta y abultada, de orejas pequeñas y ojos bastante grandes. Los dedos reunidos hasta la mitad de su extensión, están provistos de uñas fuertes; la planta de los pies es desnuda. Su largo mediano es de unos cuarenta centímetros, contando desde el hocico a la base de la cola; esta última mide alrededor de cuarenta y cinco centímetros. El color general de su pelaje, el cual es corto, espeso y aterciopelado, es de un amarillo dorado. Las regiones inferiores son más claras, haciéndose más oscuras en la faz externa de las orejas y al extremo de la cola.



Con motivo de la colocación de la primera piedra del edificio destinado al "Instituto Antituberculoso Infantil", en El Algodonal, de esta ciudad, y como propaganda para dicha obra benéfica, la "Sociedad Antituberculosa de Caracas" ha editado la hermosa canción que de seguidas publicamos, cuya letra es original del poeta Héctor Guillermo Villalobos, con música del profesor Juan Bautista Plaza.

CANCION INFANTIL PARA LA LUCHA ANTITUBERCULOSA

CORO

—Pulgarcitos, esta es nuestra guerra!
 Vibre el grito y arriba el pendón!
 Compañeros de toda la tierra,
 a cortar la cabeza al Dragón!

Con la fe de la Patria en la entraña
 encendida de clara emoción,
 a librar la más noble campaña
 hoy marchamos, vibrantes de acción.

Al sonido marcial de los cobres
 se abre paso este fiel batallón.
 No más niños enfermos y pobres!
 A la lucha con nuestra canción!

(Coro)

La consigna va en cada garganta
 resonando armoniosa y triunfal:
 Con la vida que ríe y que canta
 derrotemos la muerte y el mal!

Con el sol que reparte la vida
 aprendamos a dar sin pedir.
 Sea una flor cada mano tendida
 que perfume el ajeno sufrir.

(Coro)

Triunfe el himno de abismo y distancia
 jineteando el corcel volador.
 Surja el alba feliz de la infancia
 en un mundo de paz y de amor!

No haya niños con hambre y con llanto!
 No haya hogares sin sol y sin pan!
 Que se escuchen la risa y el canto
 en la casa dichosa de "Juan"!

(Coro)

LOS NIÑOS COLABORAN

LOS TRES NOVILLOS

Por Josefa Araujo, doce años, Escuela Federal No. 951, Campo Elias
Estado Trujillo.



Voy a referir algo que es más historia que cuento.

Vivió en las regiones del Llano un ganadero llamado don Crispin, hombre bondadoso y de carácter festivo, a quienes todos apreciaban. Para la época de lo ocurrido, se acercaban las fiestas patronales de un pueblo cercano, y, como de costumbre, don Crispin se dispuso a vender un lote de ganado. Nuestro hombre tenía tres infelices novillos que eran unas arpas de puro flacos. “Esta es la ocasión —pensó él—, de salir de estos *alafres*”. Ató a los tres animales y los llevó, dejándolos bien asegurados, bajo un árbol, de cuyas ramas colgaba un tremendo avispero de los llamados *matajey*. Al día siguiente volvió en busca de sus novillos, y los encontró que eran unas bombas, de lo gordos que estaban; todo a fuerza de las picaduras de las avispas. Echando su ganado por delante, se fué al pueblo. Allí le asaltaron los carniceros. Todos querían que los prefiriera, y don Crispin vendió el lote de novillos a su gusto. Los carniceros se prometieron expender muy buena carne gorda para el día siguiente, y madrugaron, afilando sus cuchillos, contentos con la ganancia que pensaban obtener. Pero la alegría se les frunció cuando, al ir por los novillos se encontraron, con éstos, hechos unos escombros de hueso y cuero colgante. Lamentándose, unos decían que les habían cambiado sus animales; y otros, que alguien les había echado *mal de ojo*, por pura envidia.

Se pusieron de acuerdo, y fueron a reclamar a don Crispín, quien, después de oírles, dijo, riendo:

—¡No, mis amigos! Yo no tengo ninguna culpa por lo que les ha ocurrido. Sólo ustedes son responsables de lo sucedido. Puro descuido ha sido todo. Descuido nada más. Les han cambiado los animales; está muy claro. Y los descuidos, siempre los pagan los descuidados.

J. A.

EL CUCHICUCHI

(Viene de la Pág. 4)

Habita tanto en las selvas vírgenes como en los bosques cercanos a las plantaciones. Es de vida arbórea y nocturna, pasando el día dormido entre los troncos huecos de los árboles. Por las noches se vuelve altamente vivaz y presuroso; recorre las copas de los árboles altos con una agilidad extraordinaria, para lo que se vale de su cola prensil, la cual le sirve para suspenderse a la manera de los monos.

Otra de las raras particularidades de este animal, es la de bajar por los troncos de los árboles con la cabeza hacia abajo.

Se alimenta de pequeños mamíferos, así como de aves y sus huevos, insectos y frutas. Tiene gran predilección por la miel, devastando las colmenas. Para coger su golosina favorita, hace uso de su larga lengua proctátil, por cuyo motivo también le dan el nombre de: "Oso Mellero".

El naturalista inglés Bates, quien exploró el Amazonas y el Río Negro, relata como una noche, en la cual dormían los hombres de su expedición frente a la choza de una familia indígena, en plena selva, tuvieron un encuentro con los cuchicuchis. Dice Bates: "Después de media noche estaba todo tranquilo y silencioso, llamóme la atención un extraño ruido; dirigí la mirada por los alrededores, y a favor de la clara luz de la luna ví luego que salía de los bosques una manada compuesta de animales delgados, con cola larga, los que saltaban de rama en rama, ni más ni menos que si estuvieran dotados de alas. Muchos de ellos se detuvieron en una palmera de *pupunha*, y comenzaron a darse empellones, a murmurar y a lanzar gritos, y a sacudir la palmera haciendo caer sus frutas. En un principio creí que se trataba de monos nocturnos; pero a la mañana del día siguiente, el amo de la choza, quien había logrado atrapar uno de los animales todavía joven, me indicó que durante la noche había tenido que habérselas con los Cuchicuchis".

Estos animales se dejan amansar con facilidad, sobre todo si se les captura cuando pequeños, y llegan a ser muy dados y cariñosos con sus amos.

T I O Z O R R O

(Versión de la

Tío Zorro había acabado con casi todas las gallinas de los alrededores, y en la mayoría de las casas y ranchos del vecindario sólo se miraban las ruinas de lo que en otro tiempo fueran prósperos gallineros, poblados de numerosas aves de corral. Únicamente en la finca de un viejecito campesino se escuchaba el cacarear alegre de las gallinas y el canto arrogante de los gallos; animales que, por las noches, dormían en un seguro gallinero protegido por elevadas paredes, cuyos respiraderos se encontraban en la parte más alta, junto al techo. Muchas veces Tío Zorro había rondado tratando de apoderarse de las aves apetitosas, pero sus intentos siempre se estrellaron contra el muro insalvable, y en muchas ocasiones se había visto precisado a huír a todo escape para salvar su pellejo de los colmillos afilados de los perros del viejecito, los ladridos de los cuales, continuaban oyéndose, amenazadores, bastante tiempo después de que el nocturno ladrón, atemorizado, se encontraba ya refugiado en su cueva.

A pesar de los numerosos fracasos de sus incursiones, Tío Zorro no perdía la esperanza, y andaba siempre buscando la manera de saltarse con las suyas. Una vez que, a pasos cautelosos, se paseaba por entre el bosque, en busca de nidos con huevecitos o de algún conejo, pájaro o cualquier otro animalito descuidado, miró, sobre las ramas altas de un samán, un monito que hacía cabriolas y daba saltos inverosímiles, descendiendo y volviendo a trepar con pasmosa habilidad. Largo rato estuvo Tío Zorro contemplando al ágil saltarín, y al fin le dijo:

—¡Caramba Tío Mono! Entienda que usted es un hombre bien faculto en eso de subir palos y dar saltos mortales.

Y el monito, halagado en lo que, para él, era motivo de mayor orgullo, cesó en sus juegos para, con cierta arrogancia, contestar a Tío Zorro:

—¡Jay!, mi amigo. ¡Y eso que usted no ha visto nada! Yo soy capaz de saltar de las ramas de un árbol a otro, a una distancia de más de diez metros, dando rapidísimas vueltas en el aire. Y también me es posible dejarme caer desde la rama más alta, para agarrarme luego de cualquier bejuco, faltando muy poquito para llegar al suelo.



Y TÍO MONO

(del *Rivero Oramas*)

—¡No! —exclamó el zorro, fingiéndose el incrédulo.

—¡Ah! ¿No cree?... Ya verá.

Y Tío Mono comenzó a demostrar ante el otro las mil formas en que su habilidad acrobática podía ponerse a prueba. Después de presenciar el espectáculo, Tío Zorro murmuró:

—¡Es verdaderamente admirable! Pero...

—¿Pero qué?, Tío Zorro.

—Nada, que estaba pensando que, si usted hace eso, es porque las ramas, los bejucos y los troncos de los árboles tienen rugosidades de las cuales es posible agarrarse; pero que, cosa muy distinta sería si hubiera necesidad de trepar por una superficie lisa.

El mono dió un salto, molesto porque



Tío Zorro pudiera poner en duda la formidable elasticidad de sus músculos, y, gritando, dijo:

—Escúcheme, Tío Zorro; para este monito que usted ve aquí, no existe ninguna clase de obstáculo que sea verdaderamente insalvable. A menos que usted me diga que hay que subir por un chorro de agua o por una columna de humo.

El zorro sonrió, y con su voz labiosa siguió hablando:

—No es que yo dude de su portentosa habilidad, Tío Mono; pero me gustaría verlo trepar por las paredes del gallinero alto que hay en la hondonada, por ejemplo.

—¡Já, já! —rió el monito—. Eso sería un juego para mí, Tío Zorro.

—Permítame, mi querido amigo, que la credulidad se me revele; pero, es que, si no lo veo con estos ojos, no puedo convencerme de ello.

—¿Quiere que hagamos la prueba ahora mismo?

—No, Tío Mono; basta con que usted lo diga. Además, ahora tengo una diligencia urgente que llevar a cabo.

—Bueno, cuando usted quiera, estoy a su disposición.

Tío Zorro se puso como si estuviera pensativo:

—Caramba, esta noche podría ser; lo malo es que, como tengo a mi mujer enferma, no me será posible salir; tengo que atenderla a ella... Ahora, Tío Mono podría ir solo al gallinero, y como demostración de que ha traspuesto las altas paredes, subiendo por los respiraderos, debería volver trayendo algo que así lo atestiguara.

—¡Convenido! —dijo Tío Mono—. ¿Qué prueba quiere que le traiga?

Y Tío Zorro, hablando como sin darle ninguna importancia a sus palabras.

—Cualquier cosa... Una o más gallinas, por ejemplo; las que usted pueda traer. Con una prueba de esa naturaleza quedaría yo completamente satisfecho.

Tío Mono, bailándole los ojitos de alegría, dijo:

—¡Trato hecho, Tío Zorro! Esta noche espéreme en su casa. Por lo menos tres gallinas de las más gordas que pueda haber en el gallinero de la hondonada le llevaré. ¡Usted verá que soy un monito capaz de trepar no digo por una simple pared!...

—Bueno, Tío Mono; ojalá sea así. Yo quiero tenerlo a usted en el mejor concepto.

Y los dos animales se separaron.

Esa noche Tío Mono se fué a la hondonada y, con gran facilidad, subió por las paredes del alto gallinero. Se encaramó sobre uno de los respiraderos, y desde allí, con pequeñísimo esfuerzo, ganó los palos cruzados que servían de dormidero a las aves. bajó por ellos y, ya dentro, se puso a elegir las gallinas más hermosas de las muchas que había. Mas, cuando fró a echarles mano, los animales comenzaron a cacarear y, armaron tal escándalo que, los perros se despertaron y alarmados se vinieron a ladrar junto a la puerta del gallinero. Tío

JUEGOS INFANTILES

por R. Olivares Figueroa

Continuamos nuestro propósito de inventariar los juegos de nuestros niños, no sin advertir, una vez más, su filiación hispánica, y que la denominación de trujillanos sólo significa que, en los recogidos, se hacen constar sus variaciones características, con respecto a los de otras regiones patrias.

Los que se insertan hoy se deben a la cortesía de la señorita M. E. Segnini, maestra de Pampán, Estado Trujillo, así como las ilustraciones que los acompañan.

Juego del merolico:

Todos los niños se colocan alrededor de una mesa poniendo sobre ella las manos abiertas con las palmas hacia abajo. Uno de ellos, que se ha quedado afuera, va recitando los versos siguientes mientras pellizca una a una las manos de sus compañeros:

Merolico, saltapico
quien te dió tu largo pico
pa que fueras a picar los manteles del obispo?
Pasó un un caballero, vendiendo romero,
le pedí un ramito y no me quiso dar.
Más adelante me encontré un real
compre unos pasteles, me puse a almorzar.
Pico de gallo, nariz de caballo.
Cesta, ballesta,
mi padre me manda a que caiga en ésta. . . .

Al llegar aquí da una palmada sobre la mano escogida y pregunta a su dueño:

- En qué caballito te quieres venir?
en el de la reina o en el del rey?
- En el del rey.
- Y si te caes?
- Del suelo no paso.
- Y si te quiebras un brazo?
- Me lo curo con pan y grasa.
- Y si te quiebras un hueso?
- Me lo curo con pan y queso.

Entonces el que hace de caballito se lo lleva a cuestras y vuelve por otro. Empezando de nuevo a pellizcar las manos que se tienden sobre la mesa.

Para jugar al pumpuñete colocan los puños cerrados todos los niños unos sobre los puños de los otros y uno de ellos, el que se queda afuera, va señalando los puños de sus compañeros:

—¿Qué hay aquí?

—Pumpuñete.

—¿Qué hay aquí?

—Pumpuñete.

—¿Qué hay aquí? . . . ¿qué hay aquí?

. . . hasta que llega al último:

—¿Qué hay aquí?

—Una cajita de oro.

—¿Qué contiene la cajita?

—Una cucarachita.

—¿Qué está haciendo la cucarachita?

—Rajando leña.

—¿Para qué la leña?

—Para hervir la leche.

—¿Dónde está la leche?

—La derramó la gallina.

—¿Dónde está la gallina?

—Poniendo un huevo.

—¿Dónde está el huevo?

—Se lo comió el Padre.

—¿Dónde está el Padre?

—Diciendo la Misa de los angelitos.

—Hagamos pues, chocolate, bate, bate,

(frotándose las manos en actitud de batir)

Cuando tienen las manos calientes se las aplican en las mejillas al compañero descuidado.

Los monos

Para este juego se colocan en línea todos los niños, formando largo cordón, asidos de las manos, luego, muy pasito y al oído el primero pregunta a su compañero: ¿Cuántos palos hay en la horca? y éste en vez de contestar, hace a su vez la misma pregunta al que le sigue, y así vá la pregunta hasta el último que dá la respuesta. Entonces el primero hace otra pregunta y continúa el interrogatorio en la misma forma:

—¿Cuántos palos hay en la horca?

—Veinticinco y un quemado.

—¿Quién los quemó?

—La perra traidora.

—¿Por qué los quemó?

—Porque era traidora.

—Quemémosla, quemémosla, para que no sea traidora.



Al decir esto, la última se adelanta con sus compañeras sin romper el cordón que forman, yendo a pasar por debajo de los brazos del primero y segundo niño que, sin soltarse los levantan formando un puente o arco bajo el cual pasan todos hasta que el primero queda con los brazos cruzados sobre el pecho. Vuelven todos a quedar en línea recta y empieza de nuevo el mismo interrogatorio, y así siguen hasta que quedan todos con los brazos formando un nudo sobre el pecho y sin soltarse van pasando las preguntas siguientes en secreto:

—Ya, vienen los monos!

—¿por dónde vendrán?

—por el paspajuete.

—Qué traerán?

—Cuchillos y machetes.

—Qué hacemos ahora?

—Hacernos los muertos.

Al llegar aquí se tiran al suelo quedando inmóviles. Entonces llega otro niño que siempre se queda afuera, empieza a examinarlos y al que se mueve, tomándolo de una mano lo levanta y lo azota con un látigo, mientras los otros huyen.

Tun, tun.

Se esconden los niños quedando dos afuera. Uno de los niños que están afuera llevando a cuesta a otro se acerca al lugar donde están los otros y simulando tocar la puerta dice:

—Tun, tun.

Uno de adentro contesta: —¿Quién es?

—La vieja Inés.

—¿Qué busca?

—Brusca.

- ¿Para quién?
- Para Ventura.
- ¿Qué tiene Ventura?
- Malo de calentura.
- Dele un palo por la cintura y mándelo a botar basura.

El de afuera repite entonces:

Tun, tun,

- ¿Quién es?
- ¿Compra harina?

Los demás niños dicen: pío, pío, pío...

Otro grita: —Mariquita, ya comieron los pollitos?

- Sí pero quedaron con hambre.
- Entonces déjeme el saco.

El que hace de vieja Inés, tira su carga al suelo, mientras que los otros, le caen encima pellizcándole y formando una algarabía... pío, pío, pío... hasta que les dicen: Ya, déjenlo para semilla.



La Cebolla: Un niño se abraza al tronco de un árbol, otro, rodeándole la cintura por detrás se agarra a él, otro, a su vez, se agarra de éste y así se van sujetando todos uno detrás de otro, quedando uno que hace de vendedor y otro de comprador de las cebollas, y empieza el juego:

- Vengo a que me venda una cebollita.
- Coja Ud. la que quiera.

El comprador, trata de desprender a uno de los niños para llevárselo, pero éste se sostiene asiendo fuertemente a su compañero, hasta que el comprador se canse o logre desprenderlo, llevándose a veces dos o más niños de un tirón. Si el comprador en tres viajes no puede llevarse a ninguno, pierde el juego.

R. O. F.

TIO ZORRO Y TIO MONO

(Viene de la Pág. 10)

Mono, para que las gallinas callaran, empezó a pegarles golpes, logrando con esto que el alboroto se hiciera mucho mayor aún. Y a tanto llegó el escándalo, que el viejecito campesino se despertó en su cama y salió fuera, armado de su terrible escopeta. Viendo que los perros no se apartaban de la puerta del gallinero, supuso él, que algún animal habría conseguido meterse dentro. Con precauciones, se acercó, y quitando la tranca que cerraba la entrada, dejó ésta franca. Inmediatamente los perros, dando alaridos, penetraron como un trobellno; viéndose el pobre Tío Mono obligado a refugiarse en un rincón protegido, en el cual sus enfurecidos enemigos no podrían darle alcance. Allí, los aullidos redoblaron, y por el ruido de ellas, comprendió el viejecito que era necesaria su intervención. Con la escopeta preparada, traspuso la puertecilla, y se quedó extrañado de no encontrarse con un rabipelado, como él se había supuesto, sino con un pequeño mono agazapado de miedo.

—Pero, monito —dijo el viejo—. ¿Cómo es posible que tú te hayas metido en semejante atoladero?

Y Tío Mono, entonces, contó al viejecito todo lo que le había acontecido, y cómo Tío Zorro lo había inducido a ello.

Dándose cuenta de la inocencia del pobre animalito, el hombre echó fuera los perros y se llevó al monito a sus habitaciones. Allí, sentóse él sobre la cama y puso al asustado animal arriba del espaldar de una silla, aconsejándole, seguidamente, tuviera más cuidado en no dejarse engañar por los pícaros y malvados. Después, regaló al monito con frutas y golosinas, y lo dejó marchar tranquilamente al bosque.

Esa noche, impaciente, en su cueva, Tío Zorro esperaba a Tío Mono, y cuando lo vio llegar, corrió a recibirle diciendo:

—¿Dónde están las gallinas?, mi querido amigo.

—¡Ah! ¡Usted no sabe! —respondió el monito—. Es tan fácil entrar a ese gallinero, y tan bondadoso su dueño, que, apenas me miró llegar, salió y me colmó de atenciones y de los regalos que él creyó podrían agradarme más. Luego, el buen señor se sentó conmigo, y me estuvo diciendo mil cosas, entre ellas, que, a todo visitante que fuera a su casa, él siempre le obsequiaba con lo que más pudiera gustarle. Por eso no pude traerle la prueba que usted me pidió, Tío Zorro; mire, tengo las manos tan ocupadas con estas frutas y demás regalos, que no me fué posible cargar con ninguna otra cosa; además, fué conmigo tan bondadoso el viejecito, que me dió pena hacerle ninguna exigencia.

—¡Hum! —rezongó Tío Zorro, quizá algo malicioso—. Pero, ese viejo nunca procedía así anteriormente. Es extraño. Será que se ha vuelto loco.

—Eso mismo creo yo —dijo con gran naturalidad, el monito— y fingió tan bien al hacerlo que, al zorro, no le quedó ni pizca de duda de que todo cuanto había oído fuera verdad. Ya convencido, preguntó:

—Tío Mono, ¿y cree usted que, a mí, el dueño del gallinero también me regalaría con lo que más me guste?

—¡Ah! Indudablemente. Eso es seguro.

Al día siguiente, apenas hubo entrado la noche, Tío Zorro se fué a casa del viejecito de la hondonada. Iba completamente convencido de que volvería, por lo menos, con cuatro o cinco gallinas, ¡y de las más gordas!

Llegó a la puerta, y tan desprevenido estaba, que no advirtió que los perros se acercaban por sus espaldas. ¡Aquello fué espantoso! Dentelladas por uno y otro lado, y ladridos furiosos, junto con los alaridos de la víctima. Por último, el dueño vino con su escopeta y puso fin a todo.

Pocos días después, se vió al viejecito campesino cazando por la selva con su escopeta, y luciendo, colgado al hombro, una bolsa para cacería, completamente nueva, hecha de una flamante piel de zorro.

LOS FENICIOS EN AMERICA

(Viene de la Pág. 3)

“La inscripción no declara a cuál de los dos monarcas fenicios se refiere, como al Hiram de la época. El primer Hiram de los historiadores fué el Hiram aliado de Salomón, y reinó de 980 o 947 antes de Jesucristo, bajo la prisión de Babilonia y Egipto. Mas, sea cual fuere, esta inscripción es una de las más antiguas, evidentemente la más notable constancia descubierta hasta la fecha, con relación al heroico e ilustrado pueblo a quien, según parece, fueron conocidos todos los mares”.

Aquí tenemos pues a los Fenicios descubriendo las regiones orientales de América, en tanto que pueblos diferentes, los esquimales por el Norte, y los pueblos del Asia oriental por el Occidente, se adueñaban de la región montañosa de los Andes, para establecer en ella los tres imperios de la civilización americana; floreciente muchos siglos antes que el europeo moderno viniera, en el siglo XVI, a cambiar del todo la faz del Nuevo Mundo.



FLORA VENEZOLANA

L A P A T I L L A

(CITREULLUS VULGARIS)

Esta cucurbitácea, llamada *pati-yache* en dialecto cumanaquito, y *batia* o *patia* en calinago (según el Dr. Lisandro Alvarado), a pesar del origen aparentemente indígena de su nombre vulgar, es oriunda de la parte meridional del Africa tropical, siendo cultivada o subspontánea en América. En ambas condiciones, es muy común en Venezuela. El nombre corriente en otras partes para designarla es *sandía* o *sandilla*, teniéndosele mucho aprecio donde quiera que se dé, por sus grandes frutos dulces y refrescantes. Las semillas de la patilla, lo mismo que las de la auyama, tostadas y con sal, son bastante gustosas. También se las emplea en la preparación de turrone y otras golosinas.



FAUNA VENEZOLANA

L A M A N T A

(MANTA BIROSTRIS)

Este inmenso y horroroso animal llega a medir más de 7 metros de ancho y un peso de casi 4 toneladas. Tiene el cuerpo chato, más ancho que largo. Las aletas pectorales muy grandes, terminando como alas puntiagudas. Su color es marrón con manchas azules. Luce dos aletas cefálicas desarrolladas en forma de cuernos. El cuerno es marrón y cubierto de pequeños tubérculos. Tiene una sola hilera de dientes, y es vivíparo.

La manta es muy común en nuestros mares y muy temida por los pescadores. Tiene la costumbre de dar saltos fuera del agua produciendo gran estrépito en sus caídas. Debido a que estos peces nadan en la superficie, es posible arponearlos, mas es esta operación muy peligrosa, pues debido a la enorme potencia de dichos animales, pueden arrastrar y voltear hasta lanchas de mediano tamaño.